GUIÁ DEFINITIVA SOBRE DUENDES

VOL. 1

fito Girolami

Guía Definitiva sobre Duendes – Volumen 1
Autor: Fito Girolami
Colaboración: Catalina Lucz-Ligeti
Prólogo: Juan Mondillo
ISBN: 978-9942-51-585-8
Primera edición, Ecuador, 2025
Edición independiente / La Casa del Duende

Diseño y concepto original: Fito Girolami
Correo de contacto: contacto@fitogirolami.art
Sitio web: www.lacasadelduende.art

Reservados todos los derechos.

Sobre la palabra duende

(Una nota necesaria antes de comenzar)

En este libro encontrarás frecuentemente la palabra duende — y hemos elegido no reemplazarla ni traducirla.
¿Por qué? Porque ninguna otra palabra transmite con exactitud su esencia. Existen términos como gnomo, espíritu del hogar, ser elemental o criatura mística, pero ninguno de ellos lleva consigo la profundidad simbólica, emocional y cultural que tiene la palabra duende.
Su origen viene del español antiguo dueño de casa — no como propietario, sino como esa presencia invisible que habita el hogar. Un ser que participa de lo cotidiano desde lo sutil, lo íntimo, lo simbólico.
Con el tiempo, duende pasó a significar también otra cosa: una fuerza creativa inexplicable, un fuego interno que no se controla. Como dijo Federico García Lorca, tener duende es ser atravesado por una emoción verdadera, por una entrega total.
Por eso, a lo largo de esta guía, mantendremos la palabra duende en cursiva cuando sea necesario, como forma de respeto y preservación simbólica.
No buscamos solo nombrar una palabra. Buscamos abrir un portal.
Duende no es fantasía.
Duende no es producto.
Duende no es adorno.
Duende es símbolo. Es espejo. Es susurro.
Y ahora que conoces su nombre,
quizás empieces a sentir su presencia.

PROLOGO

Juan Mondillo

He de reconocer la satisfacción emocional que descansa en alguien como yo, cuando otros cuerpos, otras mentes, me invitan a jugar con las palabras.

Vivimos instancias que, de inéditas, nada tienen; más bien resultan exponencialmente cíclicas.

Y es aquí, en este círculo de repetición, donde profundizo en otra parte de mi andar. Un transitar bastante parecido a razas ya olvidadas, pero no desaparecidas.

Lo importante no será prologarme a mí mismo, sino a la vehemente intención de mi amigo Fito Girolami y su Guía Definitiva sobre Duendes.

No me detendré a definir un duende, de esto va dicha guía, y el lector hará bien en adentrarse en ella.

A estas alturas, tener al alcance un tratado que actualiza la información, entendiendo el contexto del "ahora" y convertirlo en un lenguaje abierto a todo público, es un verdadero oasis en el desierto del conocimiento.

Hoy, la verdad es víctima de tantísimos agravios; por ello, es esencial este hallazgo que surge de la intención de Fito Girolami y su Guía Definitiva sobre Duendes, un arma con que defender la verdad. Esta guía nos habla de ello, un verdadero intento de apertura. Algo sin lo cual, somos carne para el picadero.

Perpetuar la tradición no debiera ser una obligada repetición de lo mismo, so pena de ser juzgados de antipatriotas si damos un paso en falso en el acto de repetir lo que es al antojo de un sistema impuesto. Esto no sirve, porque la tradición, llevada de la mano por seres capaces de entender y respetar, nos demuestra la grandeza

de la adaptación, sin la cual no existiría su prima hermana, la evolución.

Sostengo que adaptarnos en las significancias, en los símbolos, en todo aquello que viene de nuestro pasado y que, inevitablemente, se posiciona en nosotros sin que tengamos explicación alguna, es un acto evolutivo.

La tradición ha dejado de ser un acto de repetición del pasado, convirtiéndose en una adaptación de ese mismo pasado, encontrándose en este presente y llevado a cabo con mucho respeto.

En esta guía, construida a consciencia —ingrediente que no puede ni debe faltar para que la verdad sea parte de nuestro día a día—, el lector sentirá la invasión de la confianza.

Guía Definitiva sobre Duendes vol.1 no es una impresión de letras con fondo blanco; es el permiso que se nos da para sentarnos alrededor de un fogón, mientras los amigos nos cuentan, nos cantan de salamandras encendidas, de musgos en movimiento, de chaneques olvidados, de hidalguías ancestrales, donde el corazón tenía voz y voto; allí, donde la importancia de un gusano cruzando el sendero tenía prioridad por sobre el apuro humano.

Hemos crecido con un adiestramiento casi involuntario, lo que implica que debemos ir rumbo a la energía opuesta, aquella que ha permanecido en silencio de tanto ruido que solicitamos a nuestro alrededor, y que no logra abrir ninguna puerta debido a nuestro convencimiento de que ya lo hemos aprendido todo.

Me permito alegar, y advertir, que esa energía sigue latente, y no es otra más que la voluntad, sin la cual —y como titularan en uno de sus discos de culto la extinta agrupación Pink Floyd— seguiríamos "confortablemente adormecidos".

Mi voluntad es mi acción, es mi posibilidad de querer y poder saber, de obtener conocimiento, de llegar a lugares que, por adiestramiento involuntario, creía imposibles.

Mis abuelos me decían: "Cada vez que digas: 'No creo en los duendes', un ser de luz desaparece de este planeta".

Pues bien, hoy cargo la cronológica edad de mis abuelos, y creo. Y ese acto de creer me convierte en un revolucionario.

Así es como veo esta Guía Definitiva sobre Duendes:

Un acto literario de genuina revolución.

Juan Mondillo

"Dedicado a todos los espíritus inquietos que, incluso en la oscuridad, siguen encendiendo pequeñas luces, sin rendir su esencia ni traicionar la magia que los habita."

F.Girolami

CAPÍTULO 1

¿QUÉ SI Y QUÉ NO SON LOS DUENDES?

En las sombras del bosque o en el silencio de la casa a medianoche, muchos han sentido, sin explicarlo, la presencia traviesa de un duende. Estas criaturas, pequeñas y escurridizas, han poblado los relatos, la imaginación y las intuiciones de distintas culturas. Antes de asumir qué son, conviene detenerse en una pregunta más simple y más profunda a la vez: ¿por qué nos han acompañado durante tanto tiempo?

Durante siglos, se les describió como humanoides de corta estatura, con orejas puntiagudas, ropa rústica y, en algunas tradiciones, piel verdosa o rojiza. Estas características físicas varían tanto como las lenguas y los paisajes. En algunas culturas son invisibles, en otras se manifiestan sólo de noche. A veces se ríen, otras veces asustan. Y sin embargo, todos los relatos coinciden en una cosa: no son simples fantasías. Representan algo.

Etimología y Origen del término

El término "duende" proviene del español antiguo "duen de casa", contracción de *dueño de casa*, como se registra en el *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias (1611). Esta denominación es reveladora: no se trata de un ente externo que irrumpe, sino de un habitante invisible del espacio doméstico, un

espíritu íntimo que participa de la vida cotidiana sin mostrarse del todo.

Otra posible raíz es el árabe *duar*, derivado de la raíz *d-w-r*, que implica la idea de girar, moverse en torno a un lugar, habitar. Ambas etimologías apuntan a la misma intuición: el duende no es un invasor, sino una presencia que forma parte del lugar, de lo cotidiano, de lo nuestro.

Con el tiempo, su imagen fue cambiando.

Hoy se les confunde con muñequitos de cerámica pintados en serie, comprados en ferias o tiendas esotéricas con promesas de activar el dinero o atraer el amor. Este desvío simbólico no es menor: nos aleja del sentido profundo del duende y lo transforma en un objeto más de consumo.

¿Qué no son los duendes?

Los duendes no son:

- Amuletos con poderes mecánicos que se activan con miel o monedas.
- Figuras decorativas estandarizadas producidas en masa.
- Entes demoníacos o entidades del mal.
- Supersticiones heredadas sin sentido.

Y, sobre todo, no son productos que se puedan "activar" con rituales comprados en internet.

Reducirlos a eso es confundir la poesía con una receta de cocina. El duende, como símbolo, no está ahí para cumplir deseos. Está ahí para recordar una dimensión olvidada del mundo: aquella que no se ve, pero se percibe.

¿Qué SÍ son los duendes?

Los duendes representan:

- Lo invisible que habita lo cotidiano.
- Una energía simbólica que refleja nuestra relación con el entorno.
- Una forma de inteligencia no humana, asociada al juego, al desorden, a la advertencia.
- Una figura arquetípica que nos recuerda que la vida no puede controlarse del todo.

Desde La Casa del Duende, hemos compartido una mirada que se aleja de la superstición superficial y propone una visión más simbólica y artística. Para nosotros, los duendes son presencias que acompañan a quienes están dispuestos a mirar con otros ojos. No piden fe ciega, pero sí atención. No exigen rituales, pero sí respeto.

Creemos que cuando alguien conecta con un duende, no está "comprando un objeto", sino resonando con un símbolo interior. Un símbolo que nos invita a salir del control, del ruido, de la lógica estricta, y entrar en ese espacio donde lo inesperado —a veces con una risa traviesa— nos habla.

Un Símbolo Universal

¿Y por qué duendes? ¿Por qué no hadas, espíritus, o genios?

La figura del duende es ambigua, terrenal, accesible, pero también misteriosa. No está asociada a la perfección ni a lo celestial. El duende es torcido, chistoso, contradictorio. Y por eso, más real. Representa lo que escapa a la norma, lo que no se deja etiquetar. En eso se parece a nosotros.

Como dijo Federico García Lorca, tener "duende" es estar poseído por una fuerza inexplicable, creativa, emocional. No se puede fabricar. Se manifiesta cuando se entrega el alma a lo que se hace. Así también ocurre con los duendes como seres simbólicos: no aparecen porque los llamamos, sino porque algo en nosotros se abrió para percibirlos.

Esta guía no busca convencerte de que los duendes existen como entes materiales. Busca invitarte a mirar el mundo de otra manera. Te insta a ver en los símbolos antiguos un espejo para nuestras preguntas más actuales.

Si aún estás leyendo, probablemente lo sentís: algo en vos ya sabe que hay más mundo del que se ve.

No hace falta creer sin pensar.
Ni negar sin explorar.

Basta con recordar.
Y quizás… con escuchar.

CAPÍTULO 2

DUENDES COMO ENERGÍA INVISIBLE Y SÍMBOLO VIVO

¿Qué son, en esencia, los duendes?

Más allá de sus representaciones físicas, sus trajes de colores, sus gorros puntiagudos o sus orejas alargadas, los duendes son una forma de energía simbólica. Son arquetipos del mundo invisible que, en cada cultura, aparecen bajo distintos nombres y apariencias, pero con una función esencial compartida: recordar que la realidad tiene capas, y que no todo puede medirse con los sentidos ni explicarse con palabras.

Energía Intermedia: Entre Lo Material Y Lo Sutil

Desde la perspectiva alquímica y esotérica del Renacimiento, los duendes eran vistos como entidades elementales. Paracelso, en el siglo XVI, los clasificó dentro de los seres ligados a los elementos —gnomos en la tierra, ondinas en el agua, silfos en el aire y salamandras en el fuego—. Los gnomos, vinculados a la tierra,

serían los más cercanos al concepto de duende: invisibles para la mayoría, protectores del subsuelo, dueños de secretos antiguos.

Estas ideas no eran supersticiones marginales. Eran formas de entender el mundo más allá de lo visible, cuando la ciencia y el espíritu todavia no se habían divorciado. En ellas, los duendes eran guardianes de lo oculto. No como amenaza, sino como custodia.

En muchas culturas indígenas, esta visión permanece viva: los seres pequeños e invisibles no son mitos obsoletos, sino parte de la ecología sagrada. Están allí, donde el ser humano aún no ha roto el equilibrio. Se manifiestan —si lo hacen— sólo cuando hay silencio interior.

Espejos Simbólicos De Nuestra Energía

Lo más fascinante del duende es que no tiene una moral absoluta. Puede ayudarte o confundirte, según quién seas, qué vibres, cómo te acerques. En este sentido, el duende es un espejo. Una entidad simbólica que no actúa como juez, sino como reflejo.

Las casas ordenadas, respetadas, habitadas con conciencia, suelen tener duendes juguetones o protectores. Las casas caóticas, abusivas o abandonadas, a menudo invocan su versión más inquieta. Esto no se debe a una lógica moralista, sino a una resonancia energética.

James Hillman, psicólogo post-junguiano, hablaba del "alma del lugar" (*genius loci*). Esa noción se acerca mucho a la idea del duende como energía viva que responde al entorno emocional. Los niños, los animales y los artistas —por su sensibilidad abierta— pueden percibirlos más fácilmente. No porque tengan dones especiales, sino porque no han sido desconectados por completo a lo invisible.

El Duende Como Memoria Desplazada

En el folclore cristiano, especialmente en la península ibérica, los duendes eran vistos a veces como ángeles caídos o espíritus intermedios, ni buenos ni malos, sino "en pena".

Esta visión, aunque teñida de dogma, conserva un punto clave: los duendes no pertenecen enteramente a este mundo. Son parte de una dimensión desplazada, olvidada, rechazada o ridiculizada por los sistemas racionales dominantes.

Heinrich Heine los llamó "dioses en el exilio", refiriéndose a los antiguos espíritus de la naturaleza que fueron degradados a duendes o hadas tras la cristianización. Este gesto cultural es clave: lo que antes era sagrado, con el tiempo fue vuelto inofensivo o supersticioso. El duende carga esa historia: es símbolo de lo marginado, de lo que la razón moderna expulsó del templo pero que continua habitando en los rincones de la casa, del bosque o del alma.

En El Arte: Presencia Que No Se Finge

Federico García Lorca, en su conferencia *Juego y teoría del duende*, definió al duende como una fuerza irracional, telúrica, que no se aprende ni se transmite. El duende no es una técnica ni una inspiración, sino una posesión, una bajada, una energía que atraviesa al artista cuando hay verdad. "Tener duende" no es actuar bien: es estar quemado por dentro mientras se actúa.

Esto no sólo aplica a la música flamenca, donde Lorca centró su análisis, sino a todo arte genuino. La figura del duende, como símbolo, reaparece cuando hay entrega, cuando alguien se juega el alma y deja que el misterio hable a través suyo.

Hay quienes, al esculpir un duende, no reproducen una imagen: encarnan un símbolo. Lo invisible toma forma en sus manos, no

como decoración, sino como llamado. Como si algo que no se ve, pero se siente, pidiera ser recordado.

Un Símbolo Para Reaprender A Mirar

Entender a los duendes como energía invisible no es un ejercicio mental, sino un llamado a despertar sensibilidad. A percibir otra vez el temblor en los detalles. A dejar espacio para lo inexplicable.

Los duendes no quieren ser creídos. No necesitan pruebas ni devotos. Lo que necesitan es que dejemos de darlo todo por sentado. Que recordemos la existencia de una inteligencia más allá del intelecto, una mirada que no se aprende en libros, una vibración que sólo se capta cuando se desacelera el alma.

Los duendes, como símbolo, viven allí donde el misterio no ha sido domesticado. Son guardianes del pliegue entre mundos. Del umbral entre lo obvio y lo sagrado. De lo que no entra en la agenda, pero cambia la vida.

No son juguetes. No son rituales importados. No son una moda estética.

Son la risa que se escucha cuando uno empieza a mirar con otros ojos.

CAPÍTULO 3

RELATOS TRADICIONALES DE EUROPA Y AMÉRICA

Desde tiempos inmemoriales, los relatos de duendes han circulado de boca en boca, al calor del fuego o al borde del bosque, transmitiéndose entre generaciones como parte del tejido invisible de la cultura. No eran historias "para creer o no creer", como diría un escéptico moderno, sino formas de organizar la experiencia, de comprender lo que no tenía explicación inmediata, de nombrar la presencia de lo invisible en lo cotidiano.

Los duendes no eran personajes de cuentos para niños: eran vecinos invisibles, parte activa del entorno doméstico y natural. Ayudaban, castigaban, enseñaban, escondían cosas o inspiraban sueños. Su presencia era tan real como el viento o el miedo. No hacía falta verlos para saber que estaban.

Europa: Entre El Hogar Y El Bosque

Uno de los relatos más célebres de la tradición europea es *El zapatero y los duendes*, recogido por los Hermanos Grimm en el siglo XIX. En este cuento, un zapatero humilde y su esposa descubren que, cada noche, unos seres diminutos fabrican zapatos con habilidad sobrenatural. Como agradecimiento, les confeccionan ropitas y, tras recibirlas, los duendes desaparecen para siempre.

Este cuento, aunque simple, transmite varios códigos simbólicos:

- El trabajo invisible es valioso.
- La gratitud se paga con liberación.
- Los regalos tienen alma, y no siempre buscan retribución.

Otras leyendas europeas nos hablan de seres similares: los brownies escoceses, que ayudan en las tareas domésticas si se les deja leche y pan. Pero cuidado: si alguien los ve o los nombra, se ofenden y se van. Los hobgoblins ingleses, por su parte, oscilan entre la ayuda y la travesura, según el humor del hogar. Los goblins sajones suelen ser más molestos, asociados a la codicia y el caos.

En la tradición gallega, los trasnos o trasgos tienen fama de inquietos, desordenados, enamoradizos. Lanzan piedritas a las ventanas de noche o revuelven la ropa si advierten atracción por alguien. Son traviesos, pero no perversos. Más que castigar, incomodan para llamar la atención.

Aquellos relatos transmitían normas sociales bajo el disfraz del cuento:

- Que no se debia espiar lo sagrado.
- Que la hospitalidad generaba armonía.
- Que la avaricia o el desprecio a lo pequeño atrian el caos.

En muchas aldeas de la Europa rural, estas historias no eran folklore: eran advertencias prácticas, modos de entender la reciprocidad con el entorno y los límites del comportamiento humano.

América: Sincretismo, Resistencia Y Selva

Con la llegada de los colonizadores europeos a América, las figuras feéricas locales se cruzaron con los relatos traídos desde el Viejo Mundo. Pero lejos de borrarse, los seres invisibles de las culturas originarias resistieron, adaptándose, mimetizándose o reinventándose.

En México, los aluxes mayas siguen siendo considerados guardianes de los campos y los caminos. Pequeños y escurridizos, aceptan ofrendas —como tabaco o alimentos— y pueden proteger o castigar, según el respeto recibido. Los constructores de carreteras aún hoy realizan rituales para "pedir permiso" si deben intervenir una zona sagrada.

En Guatemala, el Sombrerón seduce a mujeres jóvenes con su guitarra. Les trenza el cabello por las noches y no las deja dormir. Su figura combina elementos del duende europeo con creencias locales sobre apariciones y sueños alterados.

En el sur andino, encontramos al Muqui, protector de las minas. Se dice que ayuda a los mineros que trabajan con humildad, pero castiga con accidentes o extravíos a los avaros. Su presencia se respeta en silencio, con hojas de coca, alcohol y una actitud reverente.

El Pombero paraguayo es un duende selvático, amante del tabaco y la caña. Si se le respeta, protege animales y cosechas. Si se le ofende, desata travesuras o enfermedades. En Bolivia, el Ekeko —más cercano al dios que al duende— personifica la abundancia. Cada enero se le hacen ofrendas en miniatura, pidiendo que lo pequeño se multiplique.

En Ecuador, el Chuzalongo ronda las zonas rurales y urbanas. A veces protege, a veces asusta.

En todos los casos, su presencia sugiere que el mundo no es sólo visible. Que hay ojos en lo que creemos deshabitado.

Más Que Cuentos: Mapas Éticos

Lo que une a todos estos relatos es su función de educar sin aleccionar, de transmitir valores sin imponer reglas. En lugar de

moralizar, los cuentos con duendes sugieren una forma de estar en el mundo:

- Ser amable con lo que no se ve.
- No abusar de la tierra ni del silencio.
- Ofrecer algo a cambio de lo que recibimos.

Como símbolos vivos, los duendes encarnan la reciprocidad: lo que das, vuelve. Lo que escondés, se manifiesta. Lo que ignorás, se transforma en ruido.

El Cruce De Continentes Y La Persistencia Del Símbolo

Lo más llamativo es que, incluso sin contacto entre culturas, las mismas estructuras simbólicas aparecen. Un niño que se ríe solo en una casa de campo puede estar jugando con un aluxe o con un brownie. Una olla que desaparece en una cocina africana puede ser obra de un tokoloshe o de un trasno. El fenómeno es universal: hay algo en la psique humana que necesita nombrar estas presencias intermedias.

Y aunque los nombres cambien, el mensaje persiste: no estamos solos. Y lo que está con nosotros, aunque no se vea, merece respeto.

Aquellos relatos, transmitidos sin manuales ni diplomas, fueron durante siglos la pedagogía espiritual de los pueblos. Enseñaban a escuchar, a observar, a responder con cuidado a lo que no se podia ver. No hablaban de "duendes" como productos: hablaban de símbolos vivos.

Rescatar estas historias no es un acto de nostalgia, sino de reparación. Porque cuando volvemos a contar un cuento con sentido, algo se despierta.

Y si escuchamos con atención, tal vez —entre las páginas de este libro— algún duende quiera volver a hablarnos.

CAPÍTULO 4

CRIATURAS SEMEJANTES EN ASIA, ÁFRICA Y MEDIO ORIENTE

Aunque el nombre "duende" pertenece al mundo hispano, la intuición de que existen pequeños seres invisibles, protectores o traviesos, habita en casi todas las culturas del planeta. Y no como fantasía infantil, sino como realidad simbólica y espiritual. Estas criaturas —que aparecen, desaparecen, inspiran temor o devoción— son la manifestación de un mismo arquetipo: el mediador entre el mundo visible y lo que no se puede nombrar con facilidad.

En cada lugar adoptan formas, nombres y relatos distintos. Pero en todos cumplen una función semejante: recordarnos que hay más vida de la que percibimos con los sentidos. Más inteligencia en la naturaleza de la que admiten los manuales. Más presencias que explicaciones.

Japón: Yōkai, Kodama Y El Universo Invisible

La mitología japonesa es un universo inagotable de criaturas invisibles llamadas *yōkai* —una palabra que significa literalmente "aparición extraña" o "presencia misteriosa" (妖怪)—. Algunos son enormes y aterradores, pero muchos otros comparten las

características simbólicas del duende: travesura, anonimato, poder sútil y vínculo con el entorno.

Uno de ellos es el Abura-sumashi, un viejo encorvado con cabeza de piedra o papa que aparece en los caminos de montaña. Se alimenta del aceite robado de lámparas y simboliza la consecuencia de robar recursos sagrados.

El Kappa, una criatura anfibia del tamaño de un niño, puede ser benévolo o cruel, dependiendo del respeto con el que se le trate. Si se le ofrece un pepino o se lo saluda con cortesía, protege al humano. Si no, puede causar enfermedades o accidentes.

Los *kodama*, por su parte, son espíritus de los árboles. Su existencia es tan sagrada que en muchas zonas rurales aún se pide permiso antes de talar un árbol, por temor a ofenderlos. Esta relación íntima con la naturaleza revela una concepción distinta: no hay separación entre lo vivo y lo invisible. Todo está habitado. Todo escucha.

India Y El Sudeste Asiático: Los Yaksha Y Los Duendes Tutelares

En la India, los yaksha son espíritus de la naturaleza que habitan árboles, montañas o tesoros escondidos. Son a menudo representados como enanos barrigones, de expresión ambigua. Pueden bendecir con fertilidad, riqueza o salud… o traer enfermedades si no son respetados. Su contraparte femenina, las yakshi, suelen habitar en pilares y jardines, y son veneradas como protectoras de la tierra.

En Sri Lanka y el sur de Asia, abundan relatos sobre espíritus menores del hogar, como los peri o los bhuta, que exigen respeto. Ignorarlos o reírse de ellos puede traer trastornos domésticos, insomnio o mala suerte.

En Filipinas, los duwende habitan patios, cocinas y terrenos baldíos. Si alguien tira agua caliente sin advertencia, puede lastimarlos, lo que trae enfermedad a la familia. Por eso, aún hoy, muchas

personas piden permiso en voz alta antes de verter agua o cortar maleza.

Estos relatos no son restos de una superstición, sino prácticas simbólicas para vivir con atención, gratitud y humildad. En ellos, el hogar no es propiedad privada: es un espacio compartido con otras formas de vida.

África: Entre La Sombra, La Selva Y El Linaje

En África subsahariana, la idea de seres invisibles con agencia propia está profundamente arraigada. El más conocido es el Tokoloshe de la cultura zulú: un ser pequeño, burlón y a veces maligno, que puede volverse invisible y causar problemas si es invocado por brujos o si la casa no está protegida.

Para evitar su influencia, muchas familias duermen con la cama elevada por ladrillos. No es una metáfora: es una práctica concreta que aún perdura.

En África occidental, los Aziza son seres diminutos del bosque, similares a los duendes, que pueden otorgar conocimientos mágicos o plantas curativas a quienes se acercan con humildad. Son protectores secretos del monte. No toleran el ego ni la violencia.

En Senegal, los Yumboes, duendes de piel blanca brillante, organizan banquetes nocturnos con comida robada. Parecen inofensivos, pero no deben ser ofendidos ni molestados.

En estos mitos, lo invisible no es simplemente un "más allá", sino una dimensión cotidiana. Cada árbol, cada río, cada sombra puede estar habitado. La selva no es un vacío, sino una comunidad plural que incluye espíritus, memorias y guardianes.

Medio Oriente: Los Jinn Y El Pacto Con Lo Inmaterial

En la tradición islámica, los jinn son seres creados de "fuego sin humo", anteriores a los humanos. Coexisten con nosotros, pero en un plano sutil. No todos son buenos, ni todos malos. Algunos se convierten al islam, otros se rebelan. Algunos protegen, otros susurran tentaciones.

Se dice que cada persona tiene un qareen, un jinn compañero que conoce nuestros pensamientos y puede influenciar nuestras decisiones si no cultivamos consciencia.

Los jinn pueden habitar en casas vacías, ruinas, pozos, e incluso en objetos abandonados. La tradición advierte no entrar en lugares solitarios sin pronunciar una oración, pues uno podría invadir su espacio.

En Irán, los div o devs, originariamente demonios gigantes en la mitología persa, han evolucionado en el imaginario popular a pequeñas criaturas oscuras que habitan lugares sucios o desordenados. Lo marginal atrae su energía.

Estos relatos no son místicos marginales: están presentes en la literatura, el derecho islámico (fiqh), y la práctica social cotidiana. El respeto por lo invisible no es una excepción: es parte de la vida.

Un lenguaje simbólico universal

Al mirar en conjunto todas estas figuras —yōkai, yaksha, tokoloshe, jinn—, lo que aparece no es una lista de monstruos mitológicos. Lo que aparece es un patrón humano universal: la intuición profunda de que no todo lo real se ve. Que hay inteligencias no humanas. Que el mundo no está vacío.

Estas figuras exigen respeto, cuidado, reciprocidad. No son símbolos del miedo, sino recordatorios de nuestra relación con lo no controlable. Representan lo que se escapa a la razón, pero afecta nuestras vidas.

Quizás por eso, en casi todas estas culturas, existen pequeños rituales: un cuenco de leche, una oración susurrada, una pausa antes de actuar. No son supersticiones vacías. Son gestos simbólicos que restauran el lazo roto con lo sagrado.

Los duendes, aunque cambien de nombre o forma, existen como símbolo en todos los rincones del mundo. Allí donde la modernidad quiso silenciar, ellos continuaron susurranando.

Y si sabemos leer esos susurros, tal vez descubramos que todos estos relatos hablan, en realidad, del mismo umbral: el límite entre el ego y la humildad, entre el ruido y la escucha, entre el control y el misterio.

Aunque nos lo oculten, el mundo, sigue lleno de presencia.

CAPÍTULO 5

PERSONAJES MÁGICOS CONTEMPORÁNEOS DE AMÉRICA LATINA

La magia no terminó con los cuentos antiguos. En América Latina, la figura del duende no sólo sobrevive: se reinventa. No vive únicamente en leyendas o abuelas que aún cuentan historias. Hoy también aparece en videos virales, en obras de arte contemporáneo, en esculturas de barro o madera, en jardines, en sueños. Está en los mercados populares y en las redes sociales. En las ferias rurales y en talleres silenciosos. En cada rincón donde alguien —todavia— se atreve a creer sin ingenuidad.

Y, sobre todo, en cada lugar donde se le respeta como símbolo y no como producto.

Tradición Viva En Lo Rural

En muchas comunidades rurales de Centroamérica, la Amazonía, los Andes o el Chaco, el duende sigue siendo parte del presente. Si un niño ríe solo en el monte, no falta quien diga con naturalidad: *"debe estar jugando con el duende"*. En algunos pueblos, las madres cuelgan tijeras abiertas detrás de las puertas para proteger a sus bebés de "los chiquitos que se los quieren llevar". En la Amazonía

peruana, el Chullachaqui es temido como un ente que se disfraza de un ser querido para perderte en el bosque. En Bolivia, cada enero, el Ekeko recibe miniaturas como ofrendas de abundancia.

Estos no son "recuerdos del pasado": son prácticas actuales. En estos contextos, el duende no es un chiste ni un amuleto. Es un habitante invisible del mundo. Su presencia forma parte de una ecología ampliada: una visión del entorno como tejido vivo y lleno de agencia.

Como dice el antropólogo Eduardo Viveiros de Castro: *"los pueblos originarios no creen en espíritus, los reconocen"*. La diferencia no es menor.

Del Monte Al Celular: El Mito En La Era Digital

Pero el símbolo no se quedó en lo rural. En los últimos veinte años, los duendes también se hicieron virales. En 2008, un video grabado en Salta (Argentina), en el que un grupo de adolescentes filma a un "duende real" cruzando una calle, explotó en internet. Fue compartido en noticieros, redes sociales y blogs de todo el mundo. Surgieron imitaciones, parodias, y también nuevos testimonios.

En YouTube, WhatsApp y TikTok proliferan los avistamientos, a veces con tono de burla, otras con miedo sincero. En muchos casos, el símbolo se ha vuelto caricatura. Pero incluso ahí, algo se activa. Porque el símbolo, aunque distorsionado, persiste.

El riesgo, claro, es que el duende se convierta en un personaje genérico de internet. En muchos videos aparece sin contexto, mezclado con zombis, "hadas de la abundancia", extraterrestres, y fórmulas new age sin raíces culturales. Es la lógica del simulacro: todo parece mágico, pero nada tiene profundidad.

Sin embargo, no todo se pierde en la pantalla.

El Arte Como Refugio Del Símbolo

Frente a la banalización, muchos artistas han elegido recuperar la figura del duende como vehículo de conexión auténtica. No lo hacen desde el marketing esotérico ni desde la imitación de moldes comerciales. Lo hacen desde una búsqueda íntima, comprometida, artesanal.

En Argentina, el escultor y caminante Juan Mondillo ha creado durante años figuras feéricas que parecen brotar del monte. No copia estilos: escucha lo que la madera o el barro le dicen. Sus obras no se "activan": ya están habitadas. Mondillo no vende magia, ofrece una pausa.

En México, Tania Rodríguez teje y moldea con respeto los símbolos de su tierra, fusionando lo ancestral con lo fantástico. No busca complacer al mercado, sino honrar el vínculo entre materia y espíritu. Su arte no es producto, sino memoria.

A nivel internacional, la ilustradora belga Iris Compiet, influenciada por Brian Froud, ha recuperado con dignidad el linaje artístico feérico. Su serie *Faeries of the Faultlines* no decora: conmueve. No ofrece recetas: invita a explorar los límites de lo real.

Estos artistas —como muchos otros que aún no son visibles para el algoritmo— trabajan desde la intuición. Desde el juego serio. Desde la escucha. Son canales, no productores. Y esa diferencia lo cambia todo.

Espacios Vivos: La Casa Del Duende Y La Aldea Mágica

En Ecuador, *La Casa del Duende* y *La Aldea Mágica* se han convertido en dos espacios únicos donde el símbolo del duende aún respira con sentido. Allí, las figuras no se exhiben como productos místicos ni souvenirs turísticos. Se presentan como lo que son:

representaciones simbólicas, esculturas que piden tiempo, mirada, escucha.

En *La Aldea Mágica*, el visitante recorre un jardín real donde las figuras están mimetizadas con la vegetación. No hay carteles que griten, ni guías disfrazados, ni venta agresiva. Hay silencio, detalles, presencia. Una propuesta estética, simbólica y sensible, que no tiene nada de casual.

Ambos espacios, creados por artistas que viven y sienten lo que hacen, representan una resistencia estética frente a la frivolización del símbolo. Allí, el duende no se compra "para atraer el amor". Se lleva —si se lleva— como un espejo. Como un aliado. Como parte de un proceso.

La Resistencia Simbólica: Más Allá De Las Modas

En un mundo donde todo tiende a simplificarse, a empacarse, a venderse, el símbolo del duende está en peligro. Pero también está más vivo que nunca. Porque cuanto más se lo intenta reducir a "adorno mágico", más se fortalece cuando alguien lo reconoce con verdad.

El duende no busca fama ni mercado. Habita en los niños que aún hablan con amigos invisibles. En los artistas que crean desde la intuición. En los caminantes que escuchan el bosque. En quienes sueñan, y se despiertan con preguntas.

La resistencia simbólica no es un combate exterior. Es un gesto interno. Es elegir el asombro por sobre la fórmula. El respeto por sobre la repetición. La presencia por sobre el algoritmo.

Y en esta batalla silenciosa, el arte tiene un rol crucial.

Los personajes mágicos de América Latina no están en extinción. Están en transformación. Y como todo símbolo vivo, se adaptan, se ocultan, se multiplican, se camuflan. A veces aparecen como duendes. A veces como sueños. A veces como arte.

Lo importante no es "ver" al duende. Lo importante es reconocer cuándo estamos frente a algo que nos llama a mirar con otros ojos.

Porque en un mundo donde todo se mide, se compara y se comparte… el duende, en silencio, sigue resistiendo.

Y si lo encontrás —no en un video viral, sino en un instante de verdad—, tal vez te acuerdes de estas páginas.

CAPÍTULO 6

DEL MEDIEVO AL PRESENTE: EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL CONCEPTO DE DUENDE

La figura del duende no ha permanecido inmóvil a lo largo de los siglos. Como todo símbolo vivo, ha cambiado de forma, de sentido y de función, adaptándose a cada época. A veces como presencia doméstica, otras como amenaza, otras como símbolo estético o producto comercial, el duende ha recorrido una larga travesía. Pero en cada etapa, ha conservado algo esencial: la capacidad de recordarnos que existe lo invisible.

Entender cómo se ha transformado esta figura no es sólo un ejercicio histórico. Es también una forma de ver cómo cambiamos nosotros. Qué tememos, qué deseamos, qué imaginamos… y qué intentamos, una y otra vez, controlar sin lograrlo del todo.

Edad Media: Entre La Sospecha Y El Temora

Durante la Edad Media europea, especialmente en la península ibérica, los duendes fueron vistos con ambigüedad. Por un lado, eran parte del folklore cotidiano: el *trasgo* en Galicia, el *moucho* en Asturias, el *morillo* en Castilla. Por otro, la Iglesia —que buscaba

homogeneizar el imaginario espiritual— no toleraba bien estas figuras.

El duende fue, entonces, reconfigurado como un demonio menor. Algo que no debía ser invocado ni reconocido, porque podía desviar al alma del camino cristiano. Las travesuras domésticas se atribuyeron al Diablo; los objetos que desaparecían, a espíritus en pena; los sueños extraños, a tentaciones. Lo invisible fue colonizado por el dogma.

Sin embargo, el pueblo resistía. Las leyendas siguieron circulando. Las abuelas seguían dejando leche en los rincones. La Iglesia intentaba purificar el mundo, pero el mundo seguía habitado por otros.

Siglo XVII: Proto-Ciencia Y Duendes Invisibles

En el siglo XVII, algunos intelectuales comenzaron a buscar una síntesis entre fe y razón. Uno de ellos fue fray Antonio de Fuentelapeña, autor de *El ente dilucidado* (1676). En este tratado, propuso que los duendes podían ser "animales invisibles" que compartían nuestro mundo. No eran necesariamente demonios, ni ángeles, ni ilusiones. Eran otra forma de vida.

Esta propuesta, extraña para su tiempo, era un intento de preservar el símbolo sin negar su realidad. En lugar de ridiculizar las experiencias del pueblo, Fuentelapeña las enmarcaba en una ontología posible: quizás hay seres que no vemos, pero que existen. Su visión anticipaba, en cierto modo, las concepciones modernas de lo interdimensional.

Aun así, su influencia fue marginal. Lo dominante vendría después.

Siglo XVIII: Ilustración Y Racionalismo

La Ilustración europea trajo consigo una ofensiva contra todo lo que no pudiera ser probado, medido o clasificado. Lo mítico fue relegado al ámbito de la ignorancia. El padre Benito Jerónimo Feijoo, uno de los principales ensayistas de la época, dedicó varios textos a desmontar las "fábulas populares", incluyendo las creencias en brujas, fantasmas y duendes.

Para Feijoo, los duendes no existían. Lo que se atribuía a ellos eran ratas, vientos, sugestiones o errores sensoriales. Su discurso, aunque riguroso en muchos aspectos, expulsó lo simbólico del campo de lo verdadero. El símbolo fue desplazado por el dato. El temblor fue sustituido por la explicación.

A partir de entonces, la creencia en duendes pasó a considerarse "atraso rural". Algo propio de campesinos sin educación o mujeres supersticiosas. Pero como suele ocurrir con los símbolos, no desaparecieron: se replegaron.

Siglo XIX: Romanticismo Y Nostalgia Mágica

La revolución industrial, la urbanización y la pérdida de contacto con la naturaleza produjeron una respuesta emocional: el Romanticismo. Este movimiento artístico y literario recuperó el interés por lo misterioso, lo natural, lo olvidado. Y con ello, los duendes resurgieron, no como entidades reales, sino como símbolos de lo perdido.

Poetas como Gustavo Adolfo Bécquer evocaron la presencia de espíritus en leyendas nocturnas. No eran duendes en el sentido popular, pero cumplían la misma función simbólica: marcar que el alma no se adapta del todo al mundo moderno. En Alemania, Heinrich Heine habló de los "dioses en el exilio": las antiguas deidades de los pueblos que, tras la cristianización, se convirtieron en fantasmas, duendes o hadas.

En este contexto, el duende comenzó a adquirir un tono más estético, más melancólico. Ya no era un habitante del hogar: era un eco. Una memoria desplazada.

Siglo XX: Infantilización, Entretenimiento Y Mercado

Con el auge de la literatura infantil y la industria editorial del siglo XX, los duendes fueron gradualmente transformados en personajes amigables y dulces. Las ediciones victorianas, las ilustraciones de Arthur Rackham, las adaptaciones escolares de los cuentos de los Grimm… todo apuntaba a un duende que ya no asustaba ni cuestionaba: sólo jugaba.

En paralelo, el cine y la televisión —especialmente desde Estados Unidos— incorporaron figuras similares: el *leprechaun* irlandés, el *gnomo* del jardín, los elfos navideños. En muchos casos, estos personajes fueron estetizados hasta volverse caricaturas. Perdieron su ambigüedad. Se volvieron útiles para el consumo.

Más tarde, con el auge de lo esotérico y la espiritualidad new age, el duende se transformó en objeto mágico: una figura que "atrae" dinero, amor o salud, si se la ritualiza con miel, monedas o frases copiadas de internet. Esta transformación fue, sin duda, una de las más profundas: el símbolo se volvió simulacro.

Ya no evocaba el misterio. Ofrecía promesas. Y lo hacía en serie.

Siglo XXI: Entre La Distorsión Y La Recuperación Simbólica

Hoy, el concepto de duende vive entre extremos. En algunos lugares, sigue siendo un personaje decorativo sin sentido simbólico. En otros, es parte del consumo espiritual superficial. En las redes sociales, es meme, avatar, viral.

Pero al mismo tiempo, han surgido espacios de recuperación profunda. Proyectos artísticos, talleres, libros, caminatas, exposiciones, donde se vuelve a hablar del duende como símbolo. No como superstición, sino como forma de resistencia. No como adorno, sino como puente hacia lo invisible.

Espacios como *La Casa del Duende*, *La Aldea Mágica*, y muchos artistas feéricos independientes en Latinoamérica y Europa, están devolviendo al símbolo su dignidad. Están diciendo: *esto no es sólo un muñeco. Es una presencia. Y merece respeto.*

La historia del duende es la historia de nuestra relación con lo que no podemos controlar. Cada época lo ha reflejado con su lenguaje: lo temido, lo ignorado, lo soñado, lo vendido, lo recreado. Pero el símbolo resiste. Vuelve. Se transforma.

Hoy, más que nunca, el duende no busca ser creído. Busca ser comprendido.

Y si lo escuchamos —en los cuentos, en el arte, en el silencio del jardín— tal vez comprendamos que no está volviendo del pasado…

Está esperándonos en el presente.

CAPÍTULO 7

ENTRE EL MITO Y EL MERCADO:

COMERCIALIZACIÓN Y PRESERVACIÓN DEL SIMBOLISMO

Vivimos en una era donde todo puede ser vendido. La espiritualidad, la estética, la identidad… todo tiene precio. Y en ese escenario, pocos símbolos han sido tan apropiados, vaciados y maquillados como el del duende.

Lo que antes era un mediador entre el ser humano y lo invisible — una figura ambigua, protectora y burlona a la vez— hoy corre el riesgo de convertirse en un objeto inofensivo de consumo, reproducido en masa y adornado con promesas prefabricadas.

Pero esta no es una historia nueva. Es la historia del paso de los símbolos al simulacro. La historia de cómo el mercado, cuando toca lo sagrado, no lo respeta: lo empaqueta.

El Duende Como Producto: La Espiritualidad De Supermercado

Basta con entrar a una tienda esotérica o buscar en línea para encontrar "duendes activados para el dinero", "duendes guardianes del amor", "duendes de la abundancia". Cada uno viene con su

manual de instrucciones, su color específico y una serie de rituales que aseguran su eficacia: ponerle miel cada luna llena, cambiarle la posición cada sábado, nunca mirarlo directamente...

¿De dónde vienen estas prácticas?

No de la tradición oral, ni de la sabiduría indígena, ni del folklore europeo. Estas fórmulas fueron creadas por el marketing mágico, ese híbrido entre superstición moderna y consumo emocional que reemplazó el sentido por el procedimiento. No buscan conexión, buscan dependencia. No abren puertas simbólicas, cierran ventas.

Estas figuras, producidas en fábricas, con resina moldeada en serie, no nacen de un proceso artístico. No tienen memoria. No han sido tocadas por el temblor del símbolo. Imitan el gesto externo del arte, pero sin alma.

Y lo más preocupante no es la estética —cada quien puede hacer figuras con el estilo que prefiera—, sino la intención que hay detrás. El duende se transforma en herramienta de control, de deseo, de resultado. Ya no es un símbolo: es un fetiche.

El Peligro Del Símbolo Vacío

Cuando un símbolo se trivializa, pierde su poder. Lo que antes despertaba respeto, asombro o contemplación, ahora se convierte en un adorno más, en un "objeto mágico" al que se le exige actuar, como si fuera una app energética.

El filósofo Jean Baudrillard definió esto con precisión: cuando un símbolo se vuelve simulacro, ya no representa nada real. Es una copia sin original, una máscara sin rostro, un signo que sólo existe para circular.

El duende decorativo, con manual de uso y nombre comercial, no representa al duende ancestral. No es su evolución: es su distorsión.

Pero esto no ocurre sólo con los duendes. Lo mismo ha pasado con los atrapasueños, las figuras budistas, las calaveras mexicanas, los símbolos egipcios. Lo que el mercado toca, lo simplifica, lo hace uniforme y lo saca de su contexto cultural, para que sea fácil de vender.

Y sin contexto, el símbolo pierde sentido.

El Arte Como Refugio Simbólico

Frente a esta banalización, el arte aparece como un acto de resistencia.

Cuando un artista crea desde la escucha, desde la conexión, desde la honestidad, no está simplemente haciendo una figura. Está canalizando una presencia. Está recuperando el vínculo entre forma y sentido, entre materia y símbolo.

En ese contexto, el duende vuelve a tener fuerza. Porque no se impone como producto, sino que invita al diálogo.

Artistas como Juan Mondillo, Tania Rodríguez, Iris Compiet, o los creadores de *La Casa del Duende*, no fabrican amuletos. Escuchan, trabajan, observan, moldean. Su obra no es genérica ni repetible. No ofrece promesas mágicas. Ofrece compañía simbólica.

En estas figuras no hay instrucciones para activar la suerte. Hay preguntas abiertas, gestos íntimos, temblores del alma.

Y eso no se compra: se encuentra.

¿Cómo Distinguir Un Símbolo Vivo De Una Caricatura?

No se trata de despreciar a quien adorna su casa con figuras. Tampoco de juzgar a quien compró algo porque "le dijeron que traía suerte". Lo importante es detenerse y preguntarse:

- ¿Qué representa realmente esta figura para mí?
- ¿Estoy buscando que me solucione algo… o que me acompañe en un proceso?
- ¿Veo arte o veo un producto?
- ¿Me habla… o simplemente repite lo que todos dicen?

Estas preguntas no invalidan la práctica espiritual. La profundizan.

Porque el duende auténtico no exige fe ciega. Exige presencia. No promete. Sugiere.

Y si estamos dispuestos a mirar con otros ojos, quizás podamos volver a diferenciar entre un símbolo y su máscara.

En un mundo saturado de estímulos, el verdadero duende no grita.

Susurra.

No se activa con monedas. Se revela cuando uno está listo para escucharlo.

No busca atraer riqueza. Atrae silencio.

Y por eso, preservar su simbolismo no es una cruzada moralista. Es un gesto de dignidad. Una forma de decir: *no todo puede comprarse*.

Porque lo sagrado —lo verdaderamente sagrado— no está a la venta. Habita. Espera. Se deja encontrar.

CAPÍTULO 8

EL DUENDE COMO SÍMBOLO INTERIOR:

ARTE, INSPIRACIÓN Y MISTERIO

No todos los duendes viven en los bosques. Algunos habitan adentro.

No todos tienen gorros puntiagudos ni se esconden detrás de arbustos. Algunos se manifiestan como una idea repentina, como un susurro en el caos, como una presencia que aparece justo antes del arte, justo antes de la transformación.

En este capítulo dejamos atrás el mito externo y nos adentramos en una de las dimensiones más profundas del símbolo: el duende como expresión del alma creativa, como impulso de inspiración, como energía que no se deja domar ni explicar, pero que cambia todo cuando aparece.

El Duende Como Impulso Creador

Federico García Lorca, en su célebre conferencia *Juego y teoría del duende*, afirmó que el duende "no llega si no ve posibilidad de muerte". Esa frase, oscura y poderosa, nos habla de una fuerza que no se manifiesta en lo cómodo, en lo repetido o en lo estético. El duende llega cuando el artista se entrega al abismo, cuando lo

conocido ya no alcanza, cuando se rompe la técnica y aparece el temblor.

No es lo mismo hacer arte que dejarse atravesar por él. El primero puede ser bello; el segundo es inolvidable.

El duende interior es eso: una fuerza incontrolable que nos arranca de lo seguro y nos empuja a crear desde el hueso, desde lo crudo, desde la verdad. No es inspiración, no es musa. Es vértigo. Es riesgo.

Y es ahí donde muchos artistas se juegan de verdad.

Arquetipo Y Sombra: El Duende Que Incomoda

Desde la psicología simbólica, podríamos decir que el duende interior es una manifestación arquetípica del alma creativa. Un "personaje interno" que representa lo lúdico, lo espontáneo, lo rebelde, pero también lo incómodo, lo errante, lo provocador.

No es una figura "de luz". A veces se manifiesta como duda, como caos, como error. Pero ahí está su riqueza. Porque lo que incomoda, también transforma.

El psicólogo James Hillman hablaba de la "patología del alma" como vía de conocimiento. Y Carl Jung definía al arte verdadero como un diálogo con el inconsciente colectivo. En ambos casos, el duende —aunque no lo nombraran así— estaba presente como metáfora del conflicto creativo.

Aceptar al duende interior es aceptar que no siempre tendremos el control. Que a veces la obra —el texto, la figura, la danza— tomará otro rumbo. Que no somos los autores absolutos, sino cómplices de algo que quiere nacer a través nuestro.

El Arte Como Ritual Moderno

En culturas ancestrales, el arte no era un pasatiempo ni un oficio: era un ritual. Se pintaba para honrar, se tejía para invocar, se danzaba para sanar. El arte era la vía más directa entre el mundo visible y lo invisible. Era un modo de escuchar.

Hoy, en el vértigo de la productividad y el algoritmo, ese vínculo se ha diluido. Pero no desapareció. Quienes crean con silencio, con respeto, con presencia, aún pueden sentirlo. El duende sigue bajando. Sólo que no lo hace donde hay prisa o ego. Lo hace donde hay disposición.

Moldear una figura, escribir una línea, componer un acorde… pueden ser rituales si se hacen desde ese lugar. Cuando el arte se vuelve canal y no vitrina, el símbolo se activa.

Y entonces, todo cambia.

Crear Duendes: Dar Forma Al Misterio

Quienes trabajamos con la imagen del duende —en barro, madera, palabra o sonido— no lo hacemos para entretener. Lo hacemos porque algo pide ser dicho. Algo que no tiene rostro, pero sí energía. Algo que se manifiesta si se le abre la puerta.

Cada figura que nace no es una repetición, sino una encarnación. Cada una representa una cualidad sutil que quiere habitar este mundo: juego, protección, desorden, memoria, intuición. Y quien se conecta con ella, no la "activa" como si fuera un hechizo. Se deja afectar por ella.

En *La Casa del Duende*, esa es la ética de trabajo. No se entrega un producto: se comparte un símbolo. No se vende un muñeco: se ofrece un espejo. Y quien lo recibe, lo sabe. Porque algo en su interior ya estaba esperando ese encuentro.

Un Símbolo Para Los Tiempos Que Vienen

En un mundo cada vez más acelerado, más lógico, más lleno de información pero falto de sentido, el duende interior es una resistencia silenciosa. No aparece en la agenda ni en el algoritmo. Aparece en el error, en el bostezo, en el juego, en el arte, en la pausa.

Y si lo escuchamos, puede guiarnos hacia otro tipo de vida: una donde no todo sea útil, donde no todo esté explicado, donde aún haya lugar para el misterio.

Porque el duende no busca likes. Busca grietas por donde colarse.

El verdadero duende no está allá afuera esperando ser encontrado.

Está adentro, esperando ser liberado.

A veces se asoma cuando escribís algo que no planeaste.
O cuando esculpís sin mirar el reloj.
O cuando reís en medio del caos.

No se deja invocar con recetas. Pero aparece cuando hay verdad.

Y si aprendemos a reconocerlo, quizás entendamos que el arte no es algo que hacemos…

Es algo que nos atraviesa.

CAPÍTULO 9

EL SUSURRO INVISIBLE

UNA REFLEXIÓN ANTES DE CONTINUAR

Hasta aquí hemos recorrido caminos antiguos y contemporáneos. Hemos seguido al duende entre cuentos europeos y selvas latinoamericanas, entre figuras de barro y esculturas digitales, entre el folclore y el arte, entre la memoria ancestral y la resistencia simbólica frente al mercado.

Y sin embargo, algo cambia a partir de ahora.

Porque hay un punto en todo viaje donde el símbolo deja de estar afuera, y empieza a hablar desde adentro. Una grieta se abre entre el estudio y la experiencia. Entre el análisis y el temblor. Entre lo que creíamos saber… y lo que empieza a intuirse.

Este capítulo no es una conclusión. Es una pausa. Un umbral.

No cierra. Abre.

Una Respiración Antes Del Descenso

La figura del duende —con sus gestos traviesos, su misterio, su incomodidad— nos ha llevado de la historia a la metáfora, del mito a la escultura, de la feria rural a la obra de arte contemporáneo. Pero ahora la pregunta ya no es "¿qué es un duende?", ni "¿dónde aparecen?", sino algo más íntimo:

¿Qué despiertan en mí?

¿En qué momentos de mi vida sentí esa presencia?
¿En qué rincón de mi casa o de mi cuerpo habita lo invisible?
¿A qué he dejado de prestar atención?

El duende, cuando deja de ser personaje y se vuelve símbolo interior, no busca ser visto. Busca ser escuchado.

Y lo que susurra no es teoría. Es dirección.

Una Guía Para El Resto Del Camino

Lo que viene a partir de aquí no será una continuidad lineal. No seguiremos estudiando culturas o mercados. En cambio, vamos a mirar lo invisible desde el cuerpo, desde el lenguaje, desde el sueño, desde el entorno.

Hablaremos de la protección simbólica. De los límites invisibles. De la palabra como hechizo. Del vínculo entre el alma, el arte y la figura del duende. De cómo algunas personas sueñan con duendes… y despiertan cambiadas.

Y también hablaremos de despedirse. De cerrar ciclos. De volver a caminar con lo aprendido.

Porque los símbolos, si son verdaderos, no se coleccionan. Se viven.

Y si el duende apareció en tu vida —en forma de historia, figura, intuición o pregunta— tal vez no sea por azar.

Tal vez llegó para acompañarte a abrir una puerta que sólo se abre desde adentro.

CAPÍTULO 10

DUENDES Y LOS LÍMITES INVISIBLES

PROTECCIÓN ENERGÉTICA, ENTORNO Y PRESENCIA SIMBÓLICA

No todos los límites se ven.
Y no todas las presencias se explican.

Vivimos rodeados de fronteras invisibles: espacios que se sienten distintos, personas que absorben nuestra energía, lugares que se vuelven pesados o ligeros sin razón aparente. Algunos lo llaman intuición, otros magnetismo, otros simplemente "vibración". Pero más allá del nombre, todos —en algún momento— hemos percibido lo invisible.

En este capítulo nos preguntamos:
¿Qué tienen que ver los duendes con todo esto?
¿Cómo actúan como símbolo de protección o advertencia?
¿Y qué nos enseñan sobre los límites que no se ven pero sostienen?

El Espacio Como Territorio Simbólico

En muchas culturas tradicionales, los duendes no habitan cualquier parte: tienen lugares específicos, cargados de energía. Círculos de piedras, huecos de árboles, rincones donde el musgo crece sin

interrupción. Espacios donde algo se concentra. Donde el aire parece más denso… o más vivo.

Esos lugares eran considerados sagrados o sensibles. No por su tamaño, sino por su cualidad. Eran portales. Umbrales. Y no se entraba sin permiso.

Esa percepción no se ha perdido. Aunque hoy las ciudades nos desconecten, aún sentimos cuando un lugar "tiene algo". Un rincón en casa que protege. Una pieza que parece mirar. Una figura que altera la atmósfera.

Los duendes, como símbolo, marcan esos territorios. No para poseerlos, sino para recordarnos que el mundo no es plano, ni neutro, ni uniforme.

Hay zonas más vivas.
Y hay que aprender a reconocerlas.

El Símbolo Como Escudo

En muchos relatos, el duende actúa como protector del hogar, del taller, del bosque. A veces es sutil: mueve objetos, emite sonidos. Otras veces es claro: ahuyenta lo que no debe entrar. Y no lo hace con violencia, sino con presencia.

Quien trabaja con símbolos lo sabe: no es lo mismo tener una figura que tener una presencia simbólica activada.
Lo primero decora.
Lo segundo protege.

Pero no es magia en sentido simplista. No es superstición. Es conexión. Es disposición. Es atención.

Una figura de duende, colocada con intención, cuidado y respeto, marca un límite energético. Un recordatorio de que ese espacio está habitado por otra frecuencia. Y quien entra… lo siente.

Este tipo de cuidado simbólico no reemplaza al sentido común. Pero lo acompaña. Y en tiempos de saturación energética, puede ser una

forma de sostener el equilibrio.

La Energía De Las Personas También Tiene Límites

Así como el entorno tiene zonas sensibles, nosotros también las tenemos. Hay personas que nos energizan y otras que nos drenan. Hay vínculos que expanden y otros que invaden.

Aprender a leer lo invisible también es aprender a decir no con amor. A cerrar el campo cuando algo no resuena. A reconocer cuándo una presencia —aunque amable en apariencia— no es nutritiva.

Los duendes, en muchos relatos, son selectivos. No aparecen ante cualquiera. Eligen. Prueban. Se muestran… y se esconden. Porque lo invisible también se cuida a sí mismo.

Y nosotros —como humanos sensibles— también tenemos derecho a cuidar nuestro campo simbólico. A definir qué entra. Qué se queda. Y qué, aunque duela, debe irse.

Cómo Crear Un Entorno Simbólicamente Protegido

No hay reglas fijas, pero sí principios comunes:

- Atención plena: Lo que colocás en tu espacio habla. Cada objeto emite. ¿Estás eligiendo o acumulando?
- Intención clara: La energía sigue al propósito. Si una figura representa protección, colócala con ese mensaje.

- Silencio y escucha: A veces el entorno te pide algo. Una limpieza. Una pausa. Una transformación.
- Presencia respetuosa: No todo símbolo es para todos. Si algo no resuena, no lo fuerces. Lo simbólico debe ser orgánico.

Una figura de duende puede actuar como punto de anclaje para esa intención. No por "poderes", sino por vínculo. Porque quien la coloca con sentido, la activa desde su propia energía.

Y eso… cambia el entorno.

Los duendes nos recuerdan que la realidad no es solo materia. Que hay otras capas. Otros hilos. Otros lenguajes.

Y que el cuidado, cuando es simbólico, no protege con muros… sino con presencia.

A veces basta con mirar distinto una esquina.
O colocar algo con amor.
O decir en voz baja: este espacio… está vivo.

Y entonces, algo cambia.

Porque cuando el límite se vuelve consciente,
lo invisible empieza a cuidarnos también.

CAPÍTULO 11

DUENDES Y SUEÑOS

GUÍAS DEL SUBCONSCIENTE, SEÑALES ONÍRICAS Y ACOMPAÑAMIENTO INTERIOR

Hay sueños que no se olvidan.
Sueños que no responden al cine que vimos, ni a las preocupaciones del día.
Sueños que no parecen sueños… sino mensajes.

Y a veces, en esos sueños, aparece un duende.

No como figura decorativa. No como personaje simpático.
Sino como una presencia real. Un ser que observa, guía, advierte o simplemente está.
Un testigo silencioso que no juzga, pero deja huella.

Este capítulo está dedicado a esos encuentros.
A ese cruce entre el mundo invisible y el mundo interior.
Al espacio donde los símbolos no se aprenden… se sienten.

El Sueño Como Territorio Simbólico

Desde las culturas originarias hasta las tradiciones místicas de Oriente, el sueño ha sido comprendido no como un residuo del día, sino como un espacio sagrado de conocimiento.

Para los mapuches, los sueños eran el medio por el cual los espíritus se comunicaban.
Para los toltecas, soñar era una forma de caminar en el Nagual, el otro mundo.
Para los sufíes, los sueños eran puertas a dimensiones más elevadas del alma.

La modernidad redujo el sueño a un fenómeno biológico o psicológico. Pero incluso en la ciencia, la paradoja persiste:
¿por qué soñamos cosas que no entendemos… pero sentimos como ciertas?

Y cuando aparece un duende, la pregunta se vuelve más aguda.
¿Es solo una proyección? ¿O es algo que viene de afuera, pero que se expresa desde adentro?

¿Son Los Duendes Arquetipos?

Desde el enfoque junguiano, los duendes pueden considerarse arquetipos del inconsciente colectivo: representaciones simbólicas de energías profundas, travesías internas, figuras que encarnan el caos creativo, lo inesperado, la transformación.

Un duende en sueños podría representar:

- El llamado a despertar la intuición
- La necesidad de reconectar con el juego
- Un aviso para no seguir por donde vamos
- Una advertencia de energía estancada
- Una presencia protectora que vela el proceso

Pero también puede ser simplemente una presencia real que habita ese otro plano, donde los símbolos no se discuten, se revelan.

Sea como sea, el sueño se convierte en campo de diálogo. Y si el símbolo aparece… es porque hay algo que quiere ser escuchado.

Testimonios Y Experiencias Comunes

A lo largo de los años, muchas personas se han acercado a contar lo mismo:
"Soñé con un duende."
"No me daba miedo, pero tampoco era un juego."
"Me miraba. Me guiaba. Me decía algo, pero sin hablar."

Algunas de esas personas luego buscaban una figura que se le pareciera.
No para coleccionarla, sino para recordarla. Para honrar ese sueño. Para anclar lo invisible en algo tangible.

Otras, después del sueño, tomaron decisiones importantes. Cambiaron de casa, dejaron una relación, iniciaron un proyecto postergado.
Como si ese duende hubiera encendido una luz. Una brújula.

No hay ciencia que pueda explicar eso.
Y tal vez no deba explicarse.
Tal vez —como enseñan muchas tradiciones— el misterio no está para resolverse, sino para ser escuchado.

¿Qué Hacer Si Soñás Con Un Duende?

No todos los sueños son iguales. Pero si sentís que un sueño fue más que un sueño, podés:

- Escribirlo ni bien te despiertes, sin interpretarlo aún.
- Dibujar la figura que viste, aunque no sepas dibujar.
- Sentarte en silencio con la imagen.
  Preguntarle (sí, preguntarle): ¿Qué viniste a decirme?
- Observar si en los días siguientes algo en tu vida se mueve.

Y si ese sueño te marcó, podés vincularte con él simbólicamente.
No con rituales de internet ni supersticiones modernas.
Sino desde el arte, el juego o el respeto.

A veces, una figura de duende puede ayudarte a mantener abierto ese canal.
Como quien deja una vela encendida.
Como quien reconoce que algo en su interior se despertó.

Soñar con duendes no es infantil.
Es profundamente simbólico.

Es una señal de que tu mundo interior aún está vivo.
Que lo invisible todavía puede tocarte.
Que tu alma no se rindió del todo a la lógica.

Y eso, en estos tiempos…
es un milagro silencioso.

CAPÍTULO 13

MANUAL DE VINCULACIÓN CON EL DUENDE

PRÁCTICAS SIMBÓLICAS, RESPETO, CREACIÓN Y DESPEDIDA

No se elige a un duende como se elige una taza.
Tampoco se lo tiene como a un adorno.
Un duende no es una moda, ni una tendencia estética.
Un duende es un símbolo vivo.
Un gesto del mundo invisible que se manifiesta en forma tangible.

Y como todo símbolo vivo, requiere respeto.
No como obligación. Sino como condición.

Este capítulo no es un instructivo ni un manual cerrado.
Es una invitación a crear un vínculo real, íntimo y honesto con aquello que decidiste traer a tu vida.

Porque si un duende llegó a vos…
es probable que no haya sido por azar.

Antes De Recibirlo

Antes de incorporar un duende a tu espacio o a tu vida, tomate un momento.

Preguntate:

- ¿Para qué quiero esta figura?
- ¿Qué representa para mí?
- ¿Estoy dispuesto a cuidar este símbolo como algo sagrado?

No es una figura más.
Es un umbral.
Y lo que cruza por ahí… te transforma.

Preparar su espacio, elegir con intuición, limpiar el entorno, encender una vela, nombrarlo: todo eso no es superstición.
Es intención.

Es el modo simbólico de decir:
"te reconozco como algo vivo."

Durante El Vínculo

Una vez que el duende está con vos, observá lo que cambia.

¿Sentís que el espacio se ordena distinto?
¿Que algunas personas se sienten incómodas y otras más presentes?
¿Que hay más silencio o más movimiento?

Un duende actúa como filtro.
No decide por vos.
Pero revela.

Y cuando algo no resuena… el duende no lo esconde.

Podés hablarle.
Podés escribirle.
Podés crear a partir de él.
Lo importante no es la forma, sino la verdad del gesto.

También es común que con el tiempo, el vínculo evolucione.
Tal vez sientas que el duende cambió.
O que su lugar ya no es el mismo.
O que cumplió su ciclo.

Y ahí viene la parte más difícil: saber cuándo es tiempo de despedirse.

La Despedida Simbólica

No todos los vínculos son para siempre.
Algunos son para un momento clave.
Y cuando ese momento pasa… hay que soltar.

Despedir a un duende no es tirarlo.
No es guardarlo en una caja.
Es agradecerle.
Es reconocer que cumplió su propósito.
Es dejarlo ir de forma simbólica: devolviéndolo a la tierra, regalándolo, ofreciéndolo al fuego o al agua, según tu sensibilidad.

Un vínculo real no se rompe al separarse.
Se honra con la despedida.

Y muchas veces, al soltar un duende,
se abre espacio para otro.
O para una nueva etapa de tu vida.

Un Ritual Sugerido (No Obligatorio)

Si querés una forma simple de establecer el vínculo inicial, podés hacer esto:

1. Elegí el lugar donde vivirá tu duende. Que sea limpio, cuidado, no de paso.

2. Escribí una nota a mano, con una intención clara: lo que querés que acompañe, lo que agradecés, o lo que estás abriendo en tu vida.

3. Encendé una vela blanca y dejala arder un rato mientras colocás la figura.

4. Nombralo si sentís que tiene un nombre. No uno cualquiera. Uno que sientas real.

5. Guardá la nota en un lugar especial o ponela cerca. Que te recuerde el pacto.

No hace falta repetir esto cada día.
Lo simbólico actúa por resonancia, no por repetición.

¿Y Si Alguien Se Burla?

El mundo moderno ha vaciado los símbolos.
Ha reemplazado el alma por el meme,
la presencia por el algoritmo,
la sensibilidad por el sarcasmo.

Si alguien se burla de tu vínculo con un duende, no reacciones.
Respirá. Sonreí.
Y recordá:

Lo verdadero no necesita defensa.
Solo coherencia.

Este libro no fue escrito para convencerte de que los duendes existen.

Fue escrito para recordarte
que vos existís.
Que tu sensibilidad no está rota.
Que tu intuición no miente.
Y que tu vínculo con lo invisible
es más real que todo lo que grita desde las pantallas.

No estás solo.
No estás loca.
No sos raro.
Sos alguien que aún escucha y conecta.

Y si un duende te eligió,
quizás sea porque vio en vos
un rincón donde todavía hay espacio
para lo que no se puede explicar.

CONCLUSIÓN FINAL

Este no es un libro para creer.
Es un libro para recordar.

Recordar que no todo lo real es visible.
Que hay fuerzas sutiles, presencias discretas, símbolos vivos que nos acompañan aunque no los veamos.

Recordar que lo mágico no es una excepción.
Es una dimensión que se activa cuando dejamos de exigir pruebas…
y empezamos a prestar atención.

Los duendes, tal como los entendemos aquí, no necesitan ser comprobados ni coleccionados.
Necesitan ser escuchados.
Honrados.
Nombrados con respeto.

Este libro no fue escrito desde el marketing ni desde la nostalgia.
Fue escrito desde el oficio, la experiencia y la convicción de que hay un hilo invisible que une la creación, la intuición y lo simbólico.

Y si llegaste hasta esta última página,
quizás ese hilo también te atraviesa.

Gracias por sostenerlo con nosotros.

FUENTES, BASES Y REFERENCIAS

Esta guía no se basa en creencias dogmáticas ni en teorías de moda.
Está escrita desde la experiencia vivida, la observación simbólica, la escucha activa y el estudio de fuentes diversas que sostienen la existencia del mundo invisible en distintas culturas y épocas.

A continuación, se enumeran algunas de las fuentes teóricas, filosóficas, antropológicas y literarias que inspiraron el enfoque profundo y crítico de esta obra.

COSMOVISIONES Y TRADICIONES ANCESTRALES

- Sabiduría oral de pueblos indígenas del Abya Yala, especialmente mapuches, toltecas, quechuas y amazónicos.
- Relatos del *Nagualismo* y el arte de soñar en la tradición tolteca.
- Ritos y creencias animistas de Europa precristiana, especialmente de las regiones célticas y nórdicas.
- Mitología sumeria y babilónica sobre los *utukku*, *edimmu* y espíritus tutelares invisibles.

INVESTIGACIÓN ANTROPOLÓGICA Y FILOSÓFICA

- Robert Kirk – *The Secret Commonwealth of Elves, Fauns and Fairies* (1691)
- James Frazer – *La rama dorada*
- Mircea Eliade – *Lo sagrado y lo profano*, *Mito y realidad*
- Ananda Coomaraswamy – *El simbolismo en el arte*
- Gaston Bachelard – *La poética del espacio*
- Carl Gustav Jung – *El hombre y sus símbolos*
- Joseph Campbell – *El héroe de las mil caras*

LITERATURA, POESÍA Y TESTIMONIOS

- Federico García Lorca – *Juego y teoría del duende*
- Rainer Maria Rilke – *Cartas a un joven poeta*
- Jorge Luis Borges – *El libro de los seres imaginarios*
- Alejandra Pizarnik – fragmentos poéticos sobre lo invisible
- Testimonios recopilados por los autores durante 15 años de trabajo artístico-espiritual.

APORTES DEL PODCAST "DUENDES Y OTRAS HIERBAS"

Los siguientes episodios sirvieron de base directa para el desarrollo de varios capítulos:

- *Los duendes antes de 1492*
- *La conquista y la distorsión del lenguaje mágico*
- *Duendes y arte auténtico*
- *El poder simbólico de la palabra*
- *El sueño como espacio de guía*
- *La patocracia y la invisibilización de lo simbólico*
- *Manual de defensa mágica moderna*

BASES CRÍTICAS Y ACTUALES

- Éric Sadin – *La era del individuo tirano*
- Byung-Chul Han – *La sociedad del cansancio*, *La expulsión de lo distinto*
- Renata Salecl – *Pasión por la ignorancia*
- Silvia Rivera Cusicanqui – aportes sobre descolonización del saber y el símbolo

- Autores independientes en la línea del simbolismo contemporáneo, arte outsider y espiritualidades no hegemónicas

OTROS APORTES Y PRÁCTICA DIRECTA

- Observación de fenómenos oníricos repetidos en relatos de visitantes.
- Estudios propios en arte, antropología simbólica y filosofía del mito.
- Interacción con artistas contemporáneos como Juan Mondillo, Catalina Lucz-Ligeti, Tania Rodríguez, Iris Compiet, entre otros.
- Prácticas personales y testimoniales de más de 200.000 visitantes de La Aldea Mágica y La Casa del Duende entre 2013 y 2025

Sobre el autor:

Fito Girolami es un creador que camina entre el arte y el símbolo. Nació en Bahía Blanca, Argentina, y desde hace más de una década habita en Ecuador, donde su obra tomó forma como una búsqueda viva. Junto a Catalina Lucz-Ligeti dio origen a La Casa del Duende, un espacio que no solo expone figuras, sino que cultiva presencias.

Desde el 2013 ha moldeado lo invisible con las manos, sin atajos ni fórmulas, dando cuerpo a una propuesta que une territorio, memoria y sensibilidad. Su trabajo se inscribe fuera del mercado industrial del arte y también fuera del circuito esotérico superficial: es un oficio, una ética y una forma de estar en el mundo.

Este libro no busca convencer, sino resonar. No ofrece recetas, sino pistas. No pretende explicar a los duendes, sino invitar al silencio donde ellos —a veces— se dejan intuir.

ISBN: 978-9942-51-585-8
9 789942 515858
fito Girolami